

historiadores, arabistas y estudiosos del pensamiento y las letras en la literatura castellana. Bastarán tres ejemplos: la disimulación que practicaban los criptomusulmanes¹⁴ —estudiada primordialmente por Louis Cardaillac—¹⁵; el interés humano y sociológico de los casos de indefinición religiosa, o de conflicto entre la creencia y la pertenencia a un sector social¹⁶; la diáspora morisca¹⁷, y el replanteamiento del estado de opinión frente a la expulsión, antes y después de realizada, que tiene su principal exponente en Francisco Márquez Villanueva¹⁸.

La recepción de *Los moriscos del reino de Granada* fue la que cabía esperar. Entre sus primeros comentaristas están figuras claves en la bibliografía del tema, que lo han abordado desde las varias disciplinas que en el libro entran en juego. Me refiero al arabista L. P. Harvey, al historiador demógrafo Henri Lapeyre, al especialista en historia económica Ramón Carande y al romanista Manuel Alvar¹⁹. Todos proclaman la extraordinaria significación del libro —juicio que avalaría Fernand Braudel cuando lo calificó como una obra maestra de historia y antropología cultural—²⁰. Si algo lamentan los reseñadores son las limitaciones de la materia que el propio autor se ha impuesto. Así Harvey hace votos por que Caro Baroja amplíe el campo de su indagación y escriba la «historia social» de los moriscos de España. También sugiere que el papel de la mujer dentro de esta minoría merecería un tratamiento más detenido.

Antes de comentar estudios posteriores que dan al menos una respuesta parcial de este deseo, quisiera volver sobre el pasaje ya citado de Carande. A propósito de un comentario autorial de Caro Baroja, apelando al juicio

¹⁴ Los moriscos del reino de Granada, pp. 118 y 140-141.

¹⁵ *Morisques et Chrétiens, un affrontement polémique (1492-1640)* (París, Klincksieck, 1977). Sintetiza la historiografía reciente sobre la cultura mixta de los moriscos María J. Viguera Molins en su prólogo a Federico Corriente Córdoba, *Relatos píos y profanos del Ms. aljamiado de Urrea de Jalón* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1990).

¹⁶ Punto de vista presente en todo el libro. Casos concretos en Cap. III, apt. iii; Cap. V, apt. iii; Cap. VII, apt. 1 y 3, y Cap. VIII, apt.

i. Sigue esta línea de investigación Luce López-Baralt, *Huellas del Islam en la literatura española: de Juan Ruiz a Juan Goytisolo* (Madrid, Hiperión, 1985), Caps. VI y VII, pp. 119-180 y 245-257. Con diferente metodología nos dan a conocer la experiencia de la escisión Bartolomé y Lucile Bennassar, *Les Chrétiens d'Allah. L'histoire extraordinaire des renégats. XVI et XVII siècles* (París, Perrin, 1989).

¹⁷ Cf. supra, nota 5.

¹⁸ El problema morisco (desde otras laderas) (Madrid, Libertarias, 1991), y «El morisco Ricote y la hispa-

na razón de estado», *Personajes y temas del 'Quijote'* (Madrid, Taurus, 1975), pp. 229-335. Cf. también Mercedes García-Arenal, «El problema morisco: propuestas de discusión», *Al-Qantara*, XIII (1992), pp. 491-503. Las alusiones de Caro Baroja a Ginés Pérez de Hita en *Los moriscos del reino de Granada*, pp. 90-91, creo apuntan en dirección semejante a la que seguirán, entre otros, mis propios estudios a partir de 1970: «Pérez de Hita frente al problema morisco», en *Actas del IV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas...* 1971 (Salamanca, 1982), vol.

I, pp. 269-281; *The Moorish Novel: 'El Abencerraje' and Pérez de Hita* (Boston, Twayne, 1976), y «El trasfondo social de la novela morisca del siglo XVI», *DICENDA*, núm. 2 (1983), pp. 43-56.

¹⁹ Estas reseñas, citadas, entre otras, en la bibliografía de Carreira, aparecieron respectivamente en *Al-Andalus*, XXV (1960), pp. 254-256; *Annales, Économies...*, París, XIII (1958), pp. 152-155; *Moneda y Crédito*, núm. 78 (septiembre de 1961), pp. 9-26 (véase supra, nota 11), y *RDTP*, XIII (1957), pp. 531-535.

²⁰ Cf. Bunes, p. 112.

del «lector atento» en caso de que alguien le atribuya propósitos polémicos velados o le acuse de escribir entre líneas, don Ramón advierte que de lo primero no descubre indicio alguno, pero «en cuanto a lo [de] “escribir entre líneas”, hágase cargo de que, queriéndolo o no, todos lo hacemos, y no es pequeño el mérito de un libro que ha conseguido descifrar algo de lo que, entre líneas, dejaron escrito los autores de los textos que utiliza, y que, si la leyesen, no impugnarian la versión de Julio Caro»²¹. Estas palabras, escritas en 1961, es decir, muchos años antes de aparecer la *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría* (1978)²² de Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent o el análisis del estado de opinión hacia fines del XVI que ofrecen los ya citados trabajos de Francisco Márquez Villanueva, son la mejor prueba de que don Julio inició una fecunda renovación en la historiografía de los moriscos, entre otras cosas, porque trajo al primer plano la diversidad de pareceres que se daba entre cristianos viejos y nuevos convertidos y los impulsos contradictorios que tantas veces determinaban las actuaciones de unos y otros.

Aunque Caro Baroja no volvió a dedicar un libro a la cuestión morisca, una y otra vez en sus obras asoman curiosos personajes vinculados, más o menos claramente, a la comunidad de los nuevos convertidos. Se trata generalmente de hombres y mujeres, éstas más numerosas aunque menos destacadas, que practican o parecen practicar a ojos de sus vecinos alguna forma de hechicería. Leyendo *Vidas mágicas e Inquisición*²³, que se publicó justo diez años después que *Los moriscos del reino de Granada*, vemos desfilar un cortejo de personas que fueron procesadas —o alcanzaron cierta notoriedad— por dedicarse a predecir el porvenir. Algunas de ellas se movieron en famosos núcleos de conflicto, como la esclava que, según fray Antonio de Guevara y otras fuentes, alentó los sueños de realeza de doña María de Padilla, una Mendoza de Granada, casada con el comunero castellano²⁴. Ante la duda de si se trataba de una gitana o una morisca, Caro se inclina a favor de esta última hipótesis, efectivamente verosímil si se tiene en cuenta la frecuente colaboración, en enfrentamientos con el Santo Oficio, de los nuevos convertidos con las familias nobles. Nada menos que en el Cuzco, y con motivo de unas disensiones entre españoles, hizo el mismo papel de adivina, realizando su truco ante varias señoras, una tal Lucía de Herrera, quien, como tantos otros disimuladores, había logrado burlar la prohibición de que pasaran moriscos al Nuevo Mundo²⁵.

La tradición de la magia se podía ejercer y transmitir al nivel de gesticulaciones y formulillas que los más ignorantes eran capaces de retener en la memoria, pero al mismo tiempo se desarrollaba entre personas de vasta cultura, que manejaban fuentes escritas de contenido esotérico. Al ejemplo más notable está dedicado un extenso capítulo del mismo libro²⁶. Se tra-

²¹ Carande, p. 337.

²² Publicado en Madrid, Revista de Occidente, 1978 y reimpresso en 1984. En la introducción y notas de la segunda edición de *Los moriscos del reino de Granada*, don Julio anuncia la próxima publicación de este libro y da cuenta de otras aportaciones aparecidas después de la primera edición.

²³ Madrid, Taurus, 1967, 2 vols.

²⁴ *Vidas mágicas*, vol. I, pp. 50-51.

²⁵ *Ibid.* y p. 56, nota 20.

²⁶ *Vidas mágicas*, vol. I, pp. 309-328.

ta del famoso Román Ramírez, modelo vivo del protagonista de la comedia de Juan Ruiz de Alarcón *Quien mal anda, mal acaba*. Fue hombre de prodigiosa memoria, que recitaba libros de caballerías ante los más encopetados auditorios y hacía pronósticos por encargo de una ilustre clientela. Confesó haber oscilado entre el catolicismo y el islam, y se dijo que contaba con la colaboración de un diablillo familiar, y que su abuelo, a quien acompañaba, tenía poder para que acudiera a su llamada un caballo mágico. Caro Baroja analiza, desde la perspectiva social y la psicológica, el juego de realidad y fantasía en que se desarrolla la vida de este personaje, que hubiera hecho buenas migas, observa, con don Quijote²⁷. A lo largo de su estudio de formas de vida lindantes con la hechicería, incluyendo las que tienen vínculos con la población morisca, el estudioso recurre a testimonios literarios —desde Lope de Rueda hasta María de Zayas, pasando por Juan de Pineda— para mostrar cómo percibía y amplificaba la sociedad lo anómalo de tales conductas.

En 1981 aparece la colección de estudios *Vidas poco paralelas (con perdón de Plutarco)*, donde figura la semblanza «El último abencerraje»²⁸, que ya se proyectaba en 1976²⁹. Más bien turbia es la historia del oscuro protagonista, llamado Alonso o Alfonso López, quien vivió en la corte francesa durante la primera mitad del siglo XVII y en algún momento hizo gala de la más prestigiosa ascendencia mora, aunque también se dijo que era un judío portugués. Nacido, al parecer, en Aragón, tiene en común con Román Ramírez su casi segura pertenencia a la comunidad morisca, que representa con ocasión de ciertos tratos secretos con Francia, así como su inclinación por la magia, y la práctica de actividades culturales secundarias, como son la localización y venta de objetos artísticos. Medrar, intri-

²⁷ *Vidas mágicas*, vol. I, p. 317.

Dos datos de este capítulo se cruzan con los de una investigación mía sobre materia relacionada. Don Julio especifica que también fue procesado el abuelo de Román, que se llamaba Juan de Luna y ejercía clandestinamente como alfaquí rural. Hacia 1570 el nieto se movía por los lugares de moriscos Fuentes y Osera. Según documentos que cito en *El problema morisco en Aragón al comienzo del reina-*

do de Felipe II (Valencia, Estudios de Hispanófila, 1969), el señor de esta última villa, don Francés de Ariño, fue hacia 1560 uno de los fueristas más involucrados en la defensa del statu quo respecto a los moriscos. También intervenía un micer Juan de Luna, letrado o hidalgo. Ambos sufrieron proceso. Uno de sus principales aliados era el Señor de Bárboles, destinatario de la dedicatoria de El Abencerraje en la versión aragonesa. Cf. pp. 16, 52, 62 y 67

y apéndices. Pienso que la simbiosis cultural que relacionamos con la primera novelita morisca, también pudo derivar en caldo de cultivo para la extraña personalidad del mago.

Sobre el conflicto en cuestión y su contexto, véase Gregorio Colás Latorre y José Antonio Salas Ausens, Aragón en el siglo XVI: alteraciones sociales y conflictos políticos (Zaragoza, Universidad, 1982), pp. 501-592.

²⁸ *Vidas poco paralelas (con perdón de Plutarco)*

(Madrid, Turner, 1981), pp. 51-68. El título del libro y una aclaración en el prólogo sobre su sentido irónico justifican el del relato biográfico, que evoca la novela morisca española del siglo XVI y más concretamente la obrita de Chateaubriand *Les Aventures du dernier Abencérage* (1826).

²⁹ Así se anuncia en la Introducción a la segunda edición de *Los moriscos del reino de Granada*, p. 25, nota 58.

gar y sufrir reveses de fortuna fue el destino de este personaje, a quien podríamos situar en una comedia, más al estilo de Molière que al de Ruiz de Alarcón.

Y si hemos de seguir el cambiante perfil literario de los descendientes de moros que captaron la atención de don Julio, merece una mención el totalmente fictivo protagonista de uno de los relatos del escritor polaco Jean Potocki, que resulta un perfecto exponente de fantasmagorías prerrománticas³⁰. Consignaremos por último que el escritor que tanto se ha interesado por el tema del fraude histórico y sus motivaciones no podía dejar de escribir sobre los plomos del Sacro Monte de Granada. Dado que sobre esta faceta de las investigaciones de don Julio versa otro trabajo del presente volumen, sólo quiero hacer constar que, en su estudio de las falsificaciones urdidas en tiempos próximos a la expulsión por personas de origen moro³¹, la reflexión sobre la mentalidad de quienes trataron de crear mitos y de quienes desde la ortodoxia católica les dieron crédito, vuelve a poner sobre el tapete las angustias y tensiones que se vivían en la Granada morisca y posmorisca. La capacidad de replanteamiento e iluminación siguen caracterizando las recientes aportaciones de un investigador que nos ha llevado a comprender, en su dimensión humana, la complejidad de la Granada del siglo XVI y en general la realidad de una España singularizada por la presencia de la minoría morisca y por una honda veta de cultura mudéjar que rebasaba las fronteras étnicas.

³⁰ «Prólogo para uso del lector» en Potocki, *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, trad. de J. L. Cano (Madrid, Alianza Editorial, 1970).

³¹ «Los plomos del Sacro Monte», *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)* (Barcelona, Seix Barral, 1992), pp. 115-158.

M.^a Soledad Carrasco Urgoiti

